



## *El doble*

José Triana

Pintado de albayalde entra a la escena,

¿eres tú o soy yo o los dos enlazados,  
dos en su extravío, en su despiste,  
uno en dos es lo mismo indiferente?

Una corriente pasa, otra regresa,  
¿qué papel representas, con quién hablas?  
¿Es el traje de lino o de moaré?

Desde aquí la camisa la veo anaranjada  
con el cuello y los puños gastados por la mugre  
y unos cuantos botones flotantes o caídos.

Se me escapa decir que el viento asola  
los calveros rojizos y el arbusto tristón,  
que hay un brote de alubias en el pote enterrado,  
que suena, está sonando, y seguirá sonando  
a la zaga de las nubes de lata  
informes caballeros submarinos.

Usted de prisa alumbra, quite el foco de encima.

Han vuelto otra vez los días de invierno  
y en el ángulo innoble caramelos rosados,  
un muchacho despierta a un caníbal y a un perrito.

Sobre la escena avanza tal un triste relámpago.

¿Sabemos a qué hora llega y se quita  
la casaca, el sombrero de tres picos

y tira su melancolía en el auditorio?  
Recostado a una tarima refunfuña el niño  
de cien años, a quien nunca hemos visto.  
Desprende las gafas, se obstina en gritos,  
y después se adelanta el azul descompensado  
en irónico mohín hacia afuera.  
Tartajea, enmudece, yo soy de un mundo plano,  
de raíces noctámbulas y de nebulosas,  
concibo a veces un clavo mordiendo  
los tejados y mimbres ocultos.  
Oropéndola, dime, qué puedo hacer, volar  
el charco, dormitando, el charco del absurdo,  
crujiendo los dientes, o matándome el hastío  
a fuerza de cujazos, de trémolos impíos,  
de proyectos que se quedan a medias.  
Atrás, atrás, reclamo, extendiendo las manos  
extendiendo mi enojo de mendigo,  
desvinculado entonces de la fiesta.  
Pintado de albayalde se escapa de la escena,  
¿qué dijo o qué no dijo?, ¿era un monólogo  
o un pase de tierra ignominioso,  
el esquivo trazado de una ciudad muriéndose  
de haber perdido el centro de su gravitación?  
¿Inesperados recursos, pasillos de madera  
tambaleándose en el vacío del error,  
golpes inciertos inscritos en la penumbrosa  
estancia de los cartílagos húmedos,  
la palabra común que se persigue  
entre los cáñamos y las astas de los girasoles?  
¿Recursos como comidas frugales  
en un desbarajuste? ¿Un calabozo?  
¿Un cohete apagado antes de llegar al cielo?

Interrogo porque estaba entre soñando barcas,  
espirales de rústicas callejas.  
No seguí el discurso, anticuado y obsceno.  
Me detuve en el sueño acariciando  
una estatua redonda en la repisa.  
Bebo mi infusión de verbena y como  
semilla de cardamomo mojadas  
en aceite, si William Peterson  
reniega la pesadilla del crimen  
y sonrío al cruzar una enigmática esquina.  
Ahí va Beethoven con el brazo izquierdo  
doblado en la cintura, oiga el Réquiem, Dios mío,  
las últimas sonatas de sordera,  
alitas inclinadas, alitas de quimeras,  
estoy desesperado y no sé qué me pasa  
masturbándome en las sábanas sucias  
tal vez como un agonizante.

El paisaje ahora es de color de cobre,  
lámparas suspendidas y azulejos.  
«No quiere a tu padre. Y tú, di, ¿a quién quieres?».  
Sombras repasan por los ojos vidriosos, frío,  
crujientes, provocando el cataclismo,  
el crepúsculo rojo, el ventorrillo  
anegado de objetos inservibles,  
el martillo, las tijeras flojas,  
las cucharas de plata zampadas por el moho,  
docenas de zapatos, botines, un cangrejo,  
el uniforme de un guerrero, lápices,  
las cartas en el suelo, las cartas en paquetes,  
sinónimo de usura y de chantajes,  
de arcaísmos viciosos cargados de nostalgia,  
en el Libro de Ruth encontrarás  
la causa justa, adecuada, que trae  
un paño de lino para el rostro y las lágrimas.  
«¿A qué vienes, pregunto, a qué vienes, cuando el agua  
desciende por los obstruidos albañales  
y de estupor me muero y de cinismo?,  
¿a qué vienes, te digo, a qué vienes  
con ese repertorio de artificios,  
enhebrados apenas, casi una fraudulenta bufonada».  
El telón va cayendo, sustentando un suspiro  
de aplausos. Corro hasta el fondo de umbría,  
césped de lanzas de hollín y laurel.  
Yo no soy yo, yo no soy tú,  
tú no eres tú ni eres tampoco yo,  
semejante a una pérgola diversa  
me repliego y de improviso me anulo,  
simulacro, impostura, y hecatombe,  
¿qué muñones y voces extranjeras?,  
¿quién trajo esos ataúdes y millones de muertos,  
quien camina de espaldas mientras duerme?

piso el umbral, y soy yo el que repite  
las mismas imágenes y el mismo desconcierto,  
inventando si es el teatro o el sueño de un teatro  
o el teatro que forjo desde el sueño,  
siendo sueño y teatro de una algarabía  
de la que no tengo el menor control.  
Agarro los matules, tomo el trillo.  
Eloísa, Eloísa, nos veremos al fin al otro lado.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

